

ñanza recogió el P. Bonifacio, se ha escrito que de sus discípulos entraron religiosos hasta *mil doscientos*. Muy crecido parece este número, y a primera vista se hace inverosímil. Yo no he visto hasta ahora alguna prueba decisiva que lo confirme. Por la carta de Bonifacio que hemos citado del año 1572 conocemos que ya para entonces, es decir, a los catorce años de su magisterio, pasaban de doscientos sus discípulos religiosos. Pues si consideramos que en los tiempos siguientes enseñó en Valladolid, donde el concurso de niños era numerosísimo, y que el espíritu de religión y piedad iba progresando cada vez más en España, no debe parecernos excesivamente exagerado el número de vocaciones religiosas que se atribuyen a la acción benéfica del P. Bonifacio.

Cuatro obras se deben a la pluma de este infatigable maestro. Las tres son pedagógicas, enderezadas a fomentar los estudios de Humanidades, y la cuarta de piedad y devoción. La primera se intitula *Christiani pueri institutio*, y vió la luz en Salamanca el año 1575. En este librito enseña el P. Bonifacio el espíritu de cristiana caridad con que debe tomar el maestro la enseñanza de los niños, la destreza y paciencia con que debe corregir a sus alumnos, y condena severamente aquel rigor despiadado con que se acostumbraba castigar a los niños en aquella edad en que nació el triste aforismo «la letra con sangre entra».

Sobre el segundo libro que escribió, y se dió a la estampa con el título *De sapiente fructuoso*, nos da el mismo P. Bonifacio con admirable ingenuidad estas noticias en una carta que dirigió al P. Mercurián el 27 de Julio de 1579: «Un librito *de perfecto adolescente*, adonde pongo lo que, según mi poca capacidad, pude hallar tocante al modo de bien enseñar estas letras de Humanidad, y formo un maestro y un discípulo cual la Compañía lo requiere, y al cabo exhorto a este ministerio y digo lo mucho que importa para la gloria de Dios y bien de las almas; no lo pude sacar en limpio para dárselo al Procurador que lo llevase a V. P. (1). Pido humildemente, si es posible que se cometa a dos personas de acá, las que V. P. juzgare; y aprobándolo, que V. P. le dé su bendición y a mí licencia para que el verano siguiente del otro año, siendo Dios servido, esté

*derm der Gesellschaft Jesu.*» Estos tres Padres alemanes han traducido a su lengua las dos primeras obras de Bonifacio, y suministran al principio un resumen de la vida del autor.

(1) Trátase del Padre que debía ir a la Congregación de procuradores en aquel año 1579.

dos o tres meses en Salamanca a la impresión de él, para que salga, asistiendo yo, correcto y esmerado. Y con haber contentado el primero, a lo menos en España, y haberme dado el parabién de él los más doctos de España, de los cuales un maestro de retórica en la Universidad de Valencia me dedicó un libro, congratulándose del que yo compuse, espero en Dios que dará más gusto estotro, que es más grave, más trabajado y el latín más mirado. Porque el primero, como era para pequeños y no por otro intento sino de desterrar fábulas de Esopo, convino que fuese en estilo más llano. Yo estaba determinado de no tratar de nada de esto en toda mi vida, ni dar trabajo con mis boberías; pero el Visitador P. Avellaneda me animó y casi ordenó que propusiese esto a V. P.» (1).

No se despachó tan pronto como había esperado Bonifacio el negocio de la impresión de esta obra. Fuese porque él la perfeccionase, fuese por algún estorbo extrínseco que sobrevino, pasaron diez años antes de imprimirse el libro, y entonces salió a luz, no en Salamanca, como el autor lo había pensado, sino en Burgos (2). El tercer libro del P. Bonifacio son algunas epístolas y oraciones sueltas de menos importancia. El cuarto, llamado *Historia Virginalis*, era una obra piadosa destinada a promover la devoción a María Santísima en los alumnos de nuestros colegios.

Émulo de Bonifacio en la enseñanza del latín fué el P. Gaspar Sánchez, nacido en Cascante (Navarra), de cuya vocación a la Compañía hemos hablado ya en nuestra historia (3). Como él, empleó más de treinta años en la enseñanza del latín. A este Padre escogieron los Superiores en 1579 para maestro de los Hermanos jóvenes, que debían formarse bien en Humanidades y salir cumplidos maestros de letras humanas. En el mes de Marzo de ese año juntó el P. Avellaneda, Visitador, doce Hermanos de buen ingenio en el colegio de Palencia y les mandó aplicarse con todas veras a los estudios literarios. Ellos lo tomaron con mucho fervor. «El maestro de ellos, dice Avellaneda escribiendo al P. General, es el P. Gaspar Sánchez y el que más a propósito se podía hallar. Hícele venir aquí a Valladolid para que confiriese el modo de leer y ejercitarlos con los PP. Juan Bonifacio y Pedro de Alvarado; con que el dicho P. Gaspar Sánchez volvió con

(1) *Epist. Hisp.*, XXIII. Bonifacio a Mercurián. 27 Julio 1579.

(2) *De Sapiente fructuoso Epistolares libri quinque*. Auctore Joanne Bonifacio, S. J. Burgis, 1589.

(3) *Vid.*, t. II, pág. 69.

más claridad y contento para el método de ejercitarlos» (1). Bien se conoce el brío con que tomó esta obra por las cartas que dirigió al P. General, suplicándole que la favoreciese, y que los Hermanos escogidos se detuviesen tres años en Palencia. Así se lograría adelantar el estudio del latín que está muy decaído en España. «Es cierto, dice, que como en España, así dentro de la Compañía como fuera, hay tanta barbarie, por tres palabras que estos Hermanos hablen en latín y una composición muy mediana que hagan, les parece que ya es cada uno de ellos un Cicerón, como en realidad de verdad esté muy lejos de eso» (2).

La misma súplica dirigía por entonces al P. General el P. Pedro de Alvarado, compañero de los dos precedentes en las fatigas escolares. «Llenos están, decía, los colegios de esta provincia de filósofos y teólogos, pero son muy pocos los que se aplican a escribir con elegancia» (3). Por eso insiste en que se debe remediar esta falta, y tanto más cuanto que la inmensa mayoría de los niños vienen a estudiar latín en nuestras escuelas. Ya recordarán nuestros lectores el gran concurso de alumnos que frecuentaba nuestros colegios en tiempo del P. Mercurián, y ya notamos (4) que en el año 1577 llegaron a 600 los gramáticos de nuestro colegio de Valladolid. Pues en esta carta, escrita el 27 de Julio de 1579, nos dice el P. Alvarado que por entonces acudían 700 niños a nuestras clases de gramática en Valladolid, y que estaban divididos en cinco clases. Cuesta trabajo entender cómo podían los maestros gobernar tanto gentío; pero advínase también la animación con que aquellos hombres de sólida virtud, como Bonifacio, Gaspar Sánchez y Alvarado tomaban la empresa de enseñar latín, sabiendo el copioso fruto espiritual que de aquella multitud infantil habían de recoger.

7. Mucho más conocido que estos tres modestos preceptistas es el P. Juan Luis de Lacerda. Nació en Toledo el año 1558, y, aunque poseía aptitudes para los estudios mayores, fuese por espíritu de humildad, fuese por afición a las letras humanas, pidió que le dedicasen constantemente a enseñarlas en nuestras aulas. Condescendieron con él los Superiores y perseveró loablemente en este oficio,

(1) *Epist. Hisp.*, XXIII. Avellaneda a Aquaviva. Valladolid, 27 de Julio de 1579.

(2) *Ibid.*, Gaspar Sánchez a Aquaviva. Palencia, 1.º de Junio de 1579. Véanse también en el mismo tomo las dos cartas de Gaspar Sánchez, escritas el 8 y el 16 de Agosto del mismo año.

(3) *Ibid.*, Alvarado a Aquaviva. Valladolid, 27 de Julio de 1579.

(4) *¶* Tomo III, pág. 197.

aunque con algunas interrupciones, cerca de cincuenta años. Murió en Madrid el año 1643. La obra que ha inmortalizado su nombre en el orbe literario es, como todos saben, sus Comentarios sobre Virgilio (1). Empezó a imprimirse el libro el año 1608; cuatro años después salió el tomo II, que contiene los comentarios a los seis primeros libros de la Eneida; por fin, en 1617, completó su obra con el tercer tomo, que comenta los seis últimos libros del mismo poema. Conviene entender el verdadero mérito de esta obra. No es el P. Lacerda un editor crítico del poeta latino. Al revés, le reprenden todos los sabios por el descuido que tuvo en depurar el texto virgiliano, y por no haber atendido sino solamente a comentarlo. Es verdad que una u otra vez cita a Heinsio, y propone tímidamente algunas variantes en los versos del poeta; pero esto no lo hace con el intento crítico de depurar el texto, sino solamente para apoyar las ideas que luego quiere defender en el comentario. Todo el trabajo, pues, del P. Lacerda se reduce a comentar. ¿Y en qué sentido debe entenderse esta palabra? Primero, significa la explicación gramatical y filosófica del poeta. Ante todo, procura Lacerda entender bien el sentido del autor; después se esfuerza en resolver las dificultades que surgen, aduciendo gran copia de erudición de autores antiguos; y, por último, aprecia las bellezas literarias, comparándolas con las de otros poetas que han escrito sobre los mismos asuntos o han ejercitado su pluma en géneros parecidos. Principalmente se aplica (y ya lo supondrá cualquier lector ilustrado) a establecer el famoso paralelo entre Virgilio y Homero. Para el P. Lacerda la ventaja está siempre en el poeta latino. Es un pensamiento constante, mejor diríamos, una obsesión, que persigue sin cesar al comentador: el mostrar a los lectores que Virgilio aventajó al poeta griego en esta o en la otra belleza.

Debemos también advertir que la crítica poética de nuestro autor no se remonta a las alturas adonde sube la buena crítica moderna. Detiéndose en las bellezas de pormenor, en los primores de la elocución poética. Todo su afán es probar que la descripción es animada, que la narración fluye amena, que el epíteto es propio, que el verso es muy sonoro. En estas menudencias se detiene la crítica, y como en ellas no hay duda que es maestro incomparable Virgilio, de ahí el

(1) *P. Virgilio Maronis Bucolica et Georgica, Argumentis, explicationibus, notis illustrata. Auctore Joanne Ludovico de la Cerda, toletano, Societatis Jesu. Aeneidos libri sex priores, etc. Madriti, 1608-1612-1617.*

entusiasmo con que le ensalza el P. Lacerda (1). Su Comentario fué apreciado en aquel tiempo como la obra más admirable que se había escrito sobre el poeta latino. Hoy no se desprecia esta obra, y siempre se estimará el conocimiento técnico que tiene el P. Lacerda de su poeta; pero claro está que la admiración debe rebajarse mucho, y que nadie piensa en colocar a este Padre entre los grandes críticos de la poesía clásica.

En otras obras empleó también su ingenio este célebre humanista; pero prescindiremos de ellas, porque las dió a luz después del Padre Aquaviva. Aquí debemos mencionar solamente la Gramática del Nebrija, que, reformada considerablemente, dió a luz nuestro humanista el año 1598. Desde entonces empezó a llamarse este libro el *Arte reformado de Antonio*, y esta refundición, hecha por el P. Lacerda, es el famoso Nebrija que todos conocemos, y por el cual aprendió latín la juventud española hasta bien entrado el siglo XIX. Fué adjudicada la propiedad de este libro por el Rey al Hospital general de Madrid, y durante algún tiempo constituyó una renta no despreciable de dicho establecimiento (2).

8. Terminemos este capítulo tributando un brevísimo recuerdo a ciertos preceptistas que alcanzaron en tiempos pasados alguna celebridad. Sea el primero el P. Cipriano Suárez, nacido en Ocaña en 1524, quien enseñó primero Humanidades y Retórica; después, durante unos veinte años, Sagrada Escritura, y, por fin, murió en Plasencia el año 1593. Compuso una breve Retórica con este título: *De Arte Rethorica Libri III ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano deprompti*. La primera edición se hizo en 1560, en Coimbra, pero después se fueron repitiendo las ediciones en todo el siglo XVI y XVII, de modo que se cuentan más de veinte, sin variación notable, que sepamos.

(1) Este entusiasmo le hace prorrumpir tal vez en exageraciones que mueven la risa del lector. Por ejemplo, comentando aquellos versos en que Virgilio describe la carrera de las naves: «*Inde ubi clara dedit sonitum tuba*», etc. (Aeneid. V, v. 139), exclama Lacerda: «*Possis Graeciam totam conferre cum his versibus et certe non illa satis!*» Posponer toda la literatura griega a seis versos de Virgilio, es cuanto hay que ver.

(2) El P. Lacerda no puso su nombre en la portada de este libro, la cual decía así: «*Aclii Antonii Nebrissensis institutio Grammatica: Philippi III Hispaniarum Regis Catholici iussu restituta Mabriti, Ex Typographia Regia MDXCVIII.*» Pérez Pastor (*Bibliografía madrileña*, parte 3.<sup>a</sup>, pág. 24 y sigs.) ha reunido varios documentos interesantes sobre las ediciones de este libro. Copia, entre otros, el *Extracto de los privilegios*, que trae la edición de 1621, donde se dice: «Tiene el Hospital general de Madrid privilegio perpetuo, para que él o quien su poder tuviere, y no otro alguno, so las penas en él contenidas, puedan imprimir y vender el Arte de Antonio, nuevamente reformado por el padre Luys de la Cerda, de la Compañía de Jesús», etc. Véase también a Uriarte, *Obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús*, t. III, pág. 11.

Ordinariamente se le imprimió en forma de librito en 8.º de unas 200 páginas, que se recibió por maestros y discípulos como una especie de compendio literario, que resumía con buen orden los preceptos de los tres grandes maestros de la antigüedad. Está dividida la obra en tres libros, según la clásica costumbre de repartir los preceptos entre la invención, la disposición y la elocución. Por lo demás, la obra es lánguida y desmayada, y sirvió como de guía para aquella retórica amanerada que dominó en los colegios, y que reducía todo el arte al frío remedo de Cicerón y Virgilio.

Menos todavía que la Retórica de Suárez valía la del P. Juan de Santiago, impresa en Sevilla el año 1595. Y al mismo género pertenecía la obra de Arte Oratoria, que escribió el P. Bartolomé Bravo, y dió a la estampa en Medina en 1596.

Más fama que los anteriores alcanzó otro libro, del que importa dar alguna noticia al lector. El año 1592 publicó en Salamanca el P. Juan Díaz Rengifo una obra con este título: *Arte poética española con una fertilísima sylva de consonantes comunes, propios, esdrúxulos y reflexos y un divino estímulo del Amor de Dios*. El libro lleva una aprobación del célebre poeta Alonso de Ercilla, y está dedicado al Conde de Monterrey. Más bien que poética, debiera llamarse *Arte métrica*, pues el bueno de Rengifo reduce toda la poesía al mecanismo de la versificación. Después de decirnos al principio que el Arte poética es «un hábito o facultad del entendimiento, que endereza y rige al poeta y le da reglas y avisos para componer versos con facilidad», explica más su concepto del arte en la página 5, donde escribe estas palabras: «El fin intrínseco del arte poética es hacer versos. Y a este fin se ordenan los preceptos y reglas de que usa el poeta; y cuanto más se ajusta y conforma con ellas, tanto la poesía sale más perfecta y acabada.»

Reducido el arte a esta mecánica literaria, era muy natural que Rengifo descendiese a esas menudencias y habilidades métricas en que se complacen los copleros, y que provocan la risa de las personas sensatas. Efectivamente, en la página 56 se nos dan reglas para componer el *soneto retrógrado*, en el cual «cada verso, dice Rengifo, ha de llevar tales dicciones y sentencias, que leído al derecho y al revés, por abajo o por arriba, saltado o arreo, haga sentido». Extraño rompecabezas, muy bueno para dar jaqueca a los lectores, pero no para educar a nadie en el noble arte de la poesía. Más ridículo es lo que nos enseña en la página 93. Allí aprendemos a hacer *ensalada poética*, peregrina denominación que no recordamos haber leído en

ningún libro anterior a éste. «Ensalada, dice Rengifo, es una composición de coplas redondillas, entre las cuales se mezclan todas las diferencias de metros, no sólo españoles, pero de otras lenguas, sin orden de unos á otros, al albedrío del poeta, y según la variedad de la letras se va mudando la música.» Pues si a esto se añaden los *labyrinthos de letras* y *labyrinthos de versos* y los romances en *eco* que luego siguen (pág. 97), fácilmente veremos que el libro de Rengifo, aunque no falto de algunas ideas sensatas, encerraba una buena dosis de ridiculez.

Toda esta doctrina se explica en las cien primeras páginas. Después sigue el *Estímulo del amor divino*, composición en verso que llena 20 páginas, y mejor figuraría en un cancionero sagrado que en un arte poética. Pero lo que dió utilidad práctica al libro de Rengifo fué la *Silva de consonantes comunes*, que llena más de 200 páginas, es decir, las dos terceras partes del volumen. La tal silva es un diccionario de la rima en embrión. Como hasta entonces no se habían publicado obras de este género, el Rengifo vino a ser el *Vade mecum* de todos nuestros copleros, que, gracias a la silva de consonantes, salían de apuros en la composición de sus versos.

Para colmo de desventuras sobrevino en el primer tercio del siglo XVIII un editor y adicionador de esta obra, el buen José Vicéns, literato de gusto macarrónico, quien sin enmendar ninguno de los defectos de Rengifo, le añadió nuevas y más ridículas extravagancias. Entre estas adiciones, figuran el *poema mudo*, el *poema cúbico* y otras habilidades más bien epigráficas que poéticas, que divierten al lector moderno y han hecho que no se pueda pronunciar el nombre de Rengifo sin que asome a los labios una sonrisa burlona. Tales fueron los preceptistas que florecieron por entonces. Bien observará el lector que este ramo de la literatura fué el más endeble entre todos los cultivados por los jesuitas españoles en tiempo del P. Aquaviva.

---

## LIBRO SEGUNDO

### Controversia de Auxiliis.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### EXPOSICIÓN TEOLÓGICA DE LA CONTROVERSIA

SUMARIO: 1. Puntos dogmáticos defendidos por los católicos.—2. Sistema de los dominicos para explicar la eficacia de la gracia.—3. Sistema de los jesuitas.—4. La controversia en el campo de la filosofía.—5. La predefinición y la predestinación.—6. Otras opiniones en que hubo diversidad de pareceres entre dominicos y jesuitas.—7. Resumen de estas opiniones redactado por los jesuitas y presentado a Paulo V.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: Los tratados *De gratia* y *Fondo Borghese*, I, 388.

1. En tiempo de actividad literaria forzosamente se suscitan polémicas literarias. Habiendo florecido tanto en la Compañía el estudio de las sagradas letras en tiempo del P. Aquaviva, milagro hubiera sido que no surgiese alguna controversia entre los sabios que cultivaban unos estudios, por una parte tan profundos y por otra tan delicados y expuestos a error. Hubo, ciertamente, conflictos científicos por entonces, y en opiniones bastante variadas; pero por un conjunto singular de circunstancias, puede decirse que todas las divergencias vinieron a reunirse en la gran polémica llamada *de Auxiliis*, sostenida entre los dominicos y jesuitas, polémica acalorada que absorbió la atención de Europa durante unos veinte años. Vamos a explicar brevemente el origen y las vicisitudes de esta célebre lucha teológica; y para entenderla bien, nos ha parecido necesario exponer primero el estado de la cuestión, en gracia, sobre todo, de los lectores no teólogos, para que puedan entenderse las cosas que se dicen y sea fácil seguir el enlace de las ideas y el curso de los sucesos.

Es una verdad de fe, que el hombre necesita del auxilio sobrenatural de la gracia para todo acto virtuoso y merecedor de vida